

Germán Arciniegas.

¿Tienen las Américas una Historia Común?

En la última sesión anual de la Asociación Histórica Americana, celebrada en Chicago, se presentaron varios trabajos sobre el tema: «¿Tienen las Américas una Historia Común?».

Entre ellos se destacó el de Germán Arciniegas, Ministro de Educación Nacional de Colombia, en aquella época, que va a continuación,

Contribuyeron también con ensayos el profesor William C. Binkley, de la Vanderbilt University, Nashville, Tennessee; el profesor George W. Brown, de la Universidad de Toronto, Toronto, Canadá; el profesor Edmundo O'Gorman, de la Universidad de México, Ciudad de México.



primera vista, la pregunta «¿Tienen las Américas una historia común?», parece altamente razonable y natural. Pero sería prematuro formular una respuesta sin antes establecer una pregunta previa, que yo planteo en la siguiente forma: «¿Tienen historia las Américas?», o mejor aun: «¿Tienen la vida que nosotros hemos adoptado alguna cua-

lidad distintiva propia, o es únicamente la continuación de la vida europea? Hay muchas personas que piensan que somos una continuación más o menos feliz de las historias de Inglaterra, España y Portugal. Otros juzgan que hemos introducido algo propio, algo distinto, en la corriente universal de los acontecimientos.

Para más de una persona, América parece haber surgido—como las palomas que el prestidigitador repentina e inesperadamente hace salir de la manga de su levita—el día en que Cristóbal Colón divisa las costas de Guanahani, el 12 de octubre de 1492. Lo que hay detrás de esa fecha—las antiguas civilizaciones de los Incas, los Mayas, los Chibchas—no es más que un rústico decorado que da más colorido a la presencia de los conquistadores europeos. Por largo tiempo ha sido escrita en este sentido la historia oficial. Me atrevo a no participar de ese criterio. No me propongo, sin embargo, insistir en nuestra historia antigua, sino que considerar, simplemente, la historia después de la llegada de Colón.

Después de todo, esa llegada es un poco más importante de lo que se ha creído en Europa. Si los europeos no hubiesen estado tan ensimismados en la contemplación de su obra, hubieran podido comprender, quizá, que su vida y su historia adquirirían una tercera dimensión. El mundo no iba a continuar por más tiempo su evolución ceñido al ancho y al largo de Europa, sino que, como ocurre con la geometría del espa-

cio, tenía que rebalsar sobre los bordes de esa pequeña superficie y en vez de continuar siendo la mesa de juego reducida a la frontera de sus cuatro lados, iba a convertirse en la esfera celestial que el valiente Magallanes dejó suspendida en el espacio.

Pero, en el siglo XVI Europa tenía preocupaciones internas, que estorbaban grandemente el libre juego de su imaginación. Si hay algo en el mundo de la historia que pueda presentarse en una oposición más radical, ello es la forma de vida europea y la forma de vida americana en el siglo XVI. En ese entonces, en Europa, artistas, sabios, príncipes y comerciantes rivalizaban en la tarea de hacer las cortes más hermosas, más ilustres. Los espíritus que a través del curso de muchos siglos se habían vuelto más refinados se expresan en un lenguaje cultivado y sutil que se torna agresivo contra el latín macarrónico. Los pintores reproducen este nuevo mundo de sedas, terciopelos y joyas en telas de elaborada sensualidad, porque para los europeos el «Nuevo Mundo», era, en realidad, no la América de los Indios Salvajes, sino la Europa del refulgente despertar del Renacimiento. Las crónicas contemporáneas se dedican a la descripción de los cortesanos más importantes a los cuales ha de verse luego, probablemente, vestidos o desnudos, en los espejos de Versalles. Surgen el lujo y la molicie que preparan el camino por donde el Rey de los modernos estados ha de pasar para ser coronado.

Mientras esto ocurre en Europa ¿qué pasa en Amé-

rica? ¿Qué ha ocurrido con los valientes conquistadores, los frailes eruditos o ignorantes; los hidalgos que han venido a la América? Algunos, ciertamente, llegaron a nuestras playas ataviados con trajes de gala; su caída es vertical. Uno viene aquí a vivir una vida rústica, una vida áspera, que nivela a todos los hombres hacia abajo. Rápidamente los cronistas descubren que las palabras que han traído, se vuelven falsas en el nuevo teatro donde han de servir y, precisamente, mientras en Europa, el lenguaje se está convirtiendo en una melodía cortesana o en un complicado juego de elegancia escolástica, capta el aroma de la selva en América. Esta transformación del castellano, que hemos podido observar con toda exactitud en nuestros países, seguramente, ustedes habrán podido advertirla en las crónicas escritas en inglés en estas tierras. Los eruditos que han dedicado algún estudio al manuscrito del alemán Ulrich Schmidl, que viajó por el Paraguay, observan allí las resonancias del Guaraní encontradas entre las palabras alemanas.

Por otro lado sería una bizarra y difícil, si no imposible empresa tratar de demostrar que el rudo e indomado ambiente de nuestra tierra produjo en la conducta de los hombres y en el tono general de la sociedad, una forma de vida general similar a la producida en Europa por el lujo de las cortes, las discusiones teológicas de la Reforma, la erudita búsqueda de los Humanistas, los giros ornamentales del Renacimiento. En realidad, creo que la historia de América

no fué hecha por los europeos, sino que por los americanos. Las grandes figuras de la conquista no son aquellas que dejaron a Europa con sus títulos de gobernadores para continuar aquí sus carreras de constante ascenso en el escalafón cortesano, sino que surgen de entre los soldados comunes que desposeen a los capitanes oficiales en alta mar o en tierra, por derecho de conquista. Es en ese momento cuando nacen para la historia. De allí que, en una oportunidad me atreviera a decir que los Cortés, los Pizarro o los Quesada, son hijos de América; en consecuencia, sus hechos y sus vidas pertenecen a la historia de América y no a la de Europa. Comprendemos enteramente su grandeza; conocemos el ambiente que les dió el impulso creador y, es obvio, encontramos falsos los bosquejos de sus vidas diseñados por aquellos que han vivido no la vida americana, sino la vida europea.

Quizá este simple punto de partida aclarará la situación un poco. Algunos eruditos han quemado su aceite de medianoche en su lucha para demostrar de manera exacta la forma luminosa en que la llama del Humanismo ardió en la América, la llama de la Reforma, o de los trabajos del Cardenal Cisneros. Pero cualquiera cosa que se descubra a este respecto necesariamente resultará ser muy poco, frente a la vigorosa y clara pintura de la casi primitiva lucha en que se encontraron los ex europeos, al enfrentarse con nuestros indios, nuestras serpientes, nuestros pantanos y nuestros salvajes y bravos mares.

Cuando se hacen las clasificaciones generales de la historia, vemos que uno habla en Europa del Viejo Mundo, Edad Media y Tiempos Modernos. Es cierto que es una costumbre discutir en las Academias el alcance representado por cada una de esas denominaciones pero, también es cierto que, aparte de su aceptación como rutina, son muy útiles en cierto modo para apartar la historia de la tierra y del mar. Para nosotros, esas divisiones son exóticas. No nos dicen nada de nuestra propia historia, no se ajustan en nada a nuestro mundo sino al del «otro lado», como se dice comúnmente. Por otra parte, es costumbre de nuestros historiadores, los de toda la América, hacer estas divisiones de nuestra historia, descubrimiento, conquista, independencia y república. Puede también discutirse la exactitud de esta división—y creo que sería posible perfeccionarla—pero la diferencia de las dos historias es inmediatamente evidente. Y, por esa precisa razón, me parece absolutamente razonable hablar de una Historia Americana, en el mismo sentido en que uno puede hablar de una Historia Europea.

Naturalmente, la historia de América, como la de Europa, es compleja. Y aun más. Es contradictoria. Esa es la forma como son todas las historias de la vida. Hay una multitud de factores que, aparentemente, nos unen, pero que en el fondo y en el último análisis son únicamente frases protocolares que tienen un valor precisamente, determinado. Hay también realidades que indisputablemente nos diferencian y sobre las cua-

les ha parecido cuerdo no insistir. Pero existen también algunos rasgos y ciertos factores que hacen complementarias nuestras vidas y, aun cuando esos rasgos y esos factores no siempre han sido los más evidentes, son quizá aquellos que realmente ofrecen la clave de nuestra posible solidaridad continental. Finalmente, hay momentos de agonía universal, de crisis, en las cuales las historias de los continentes juntas sus manos para sobrevivir a las grandes pruebas con las cuales se miden los caracteres de los hombres y el vigor de su fe. El historiador tiene que abrirse paso a través de todas estas circunstancias para no caer en error.

Cuando la Asociación Histórica propuso como tema de nuestra discusión: «¿Tienen las Américas una historia común?» Me pregunté, «¿Qué Américas?» Es muy fácil decir América Latina o América Sajona. Pero, ¿hasta dónde llega la historia de la una y dónde comienza la historia de la otra? Desde Florida a Labrador, o desde Nueva México a California uno encuentra en esta parte del continente, una larga historia ligada a los conquistadores y colonizadores de origen español. En efecto, hay algunas palabras—como Florida, o San Francisco o Los Angeles—las cuales siempre demostrarán como, por lo menos en algunas ocasiones, la frontera entre estas pequeñas provincias de historia, ha sido mal definida. Españoles, franceses, ingleses, alemanes, escandinavos, han venido pasando por el escenario de esta América del Norte. Si la lista les parece un poco larga, digan, simplemente,

que todos han sido americanos. Pero el hecho es que, ni hace cuatro siglos, ni hoy día, puede esta parte del continente ser considerada como una unidad ortodoxa, libre de contradicción interna. Todos los exploradores y colonizadores han traído muy diferentes ideas de las tierras de su origen. Junto a los frailes de las misiones que colonizaron el oeste, se ven los puritanos establecidos en Nueva Inglaterra. Mientras en el sur el aire ha vibrado por varios siglos con el coro de los negros sensuales, en Boston, únicamente se escucha la sordina de los protestantes blancos. El pentagrama que en el norte se abre con la llave de las nieblas se abre en la del sur con el sol.

Pero, en realidad fué la América misma la que, poco a poco impuso los lazos de conquista. Los europeos puedan embarcarse en Bristol o en Cádiz, y con un propósito determinado, pero aquí, la América baraja las cartas y cambia el orden de sus voluntades. En ciertas oportunidades me parece, mientras leo las crónicas del siglo XVI que nuestros padres, los de España, tenían muy poco más aspecto de bandidos que los padres de ustedes los sajones-americanos, cuando ambos salieron de Europa. Entre el grupo de individuos que fueron arrancados de las manos de la justicia, como eran muchos de los que formaban nuestras expediciones españolas y un grupo de puritanos en el caso de «Mayflower», existe cierta diferencia. Y la parte más curiosa es que muchos de los bandidos españoles terminaron sus vidas en conventos, cargando el hábito

franciscano y haciendo edificantes votos para que Dios les perdonara sus faltas y crímenes del pasado. Y, por otra parte, según entiendo, no pocos de los honestos puritanos, obligados a cruzar la frontera hacia el oeste en una guerra a muerte contra los indios y contra la naturaleza, se convirtieron en extrañas figuras de auténticos bandidos que miraban sarcásticamente hacia el pasado sobre la beatífica memoria de su juventud.

Poco a poco, las manos de esta América, que es más exigente que lo que parece, modeló héroes y naciones. Me parece que sería poco basar la diferencia más real o substancial que pudiera señalarse entre la conquista del norte y la del sur, en dos factores, que a la larga modelaron dos caracteres bien distintos. En el norte los inmigrantes llegaron a la costa y formaron allí una concentración humana que había llegado sin la intención de explorar el interior, sino para instalarse y vivir. Únicamente la continua llegada de nuevos inmigrantes mantuvo a la población avanzando hacia el oeste, presionando la frontera en una ruda oleada de expansión. Los recién llegados no encontraron ninguna raza indígena de gran cultura, y los indios salvajes cedieron gradualmente sus tierras a la fuerza, sin someterse a la servidumbre. Los europeos se acostumbraron a hacer su propia vida, a no tener sirvientes, a ser al mismo tiempo el amo y el sirviente, a abrirse paso por sí mismos en la selva y a conducirse como si estuvieran en una república de trabajadores. En el sur la colonización fué diferente. En el interior, en los Andes,

brillaba el deslumbrante prestigio de las naciones antiguas, cuyos jefes se bañaban en oro. La conquista no fué ni concentrada en las costas, ni se detuvo allí y, el conquistador, fué además explorador. En vez de un frente compacto, rápidamente se vió que existían normas españolas en todos los puntos del interior de América: en el Cuzco, en Quito, en México, en Santa Fe de Bogotá. Los capitanes se encontraron con diminutos ejércitos en medio de enormes naciones de indios y la solución obvia y natural fué reducir a estos últimos a la servidumbre—o, como lo decían en aquellos tiempos, a la civilización cristiana,—después de lo cual se estableció de una vez el contacto entre las dos razas y el vigoroso avance de los primeros conquistadores llegó a su fin.

Pero, no hay necesidad de hacerse la ilusión de que este panorama general establece una línea absoluta de separación entre los dos mundos americanos. Aquí en el norte también hubo una vasta región donde la vida adquirió ese tono más sumiso del sur. Aquí, en Virginia o en California, el negro vino a reemplazar al indio y algunos de los amos ingleses ofrecen características muy similares a las de los encomenderos o hidalgos españoles. Aquello que fuera un impulso inicial hace muchos siglos, es aun evidente y ha dejado sus huellas en las costumbres de hoy. Hace sólo unos pocos días, en una visita rápida a Carolina del Norte, hablaba con un profesor que hace estudios folklóricos y me dijo: «He percibido por primera vez en los Es-

tados Unidos, el significado de una fiesta popular, como las que había conocido en México, los mismos versos, una música igualmente expresiva y hasta la costumbre de quemar cohetes, en señal de regocijo.

He mencionado sólo unos pocos ejemplos que podría fácilmente multiplicar, para llegar simplemente a esta conclusión: que lo que los une, o nos separa, o nos diferencia, o nos identifica en la vida americana, no es la tradición europea, sino nuestra propia realidad, nuestra propia historia, nuestra propia vida. No tomo ni aun en cuenta ciertas supuestas barreras, que son únicamente dificultades, desde mi punto de vista, y en ningún caso abismos. Se ha dicho, con demasiada frecuencia, que hay una América que habla inglés y una América que habla el castellano. En primer lugar, hay en Sud América cuarenta y cuatro millones de brasileños que hablan portugués; hay una gran parte de población en el Paraguay que habla Guaraní; hay regiones muy extensas en Bolivia donde se habla el Aymará; y en otras en Perú y Ecuador donde se habla el Quechua; allí está la isla de Haití donde se habla el francés. Aun más, algunos creen que nosotros hablamos español. Ustedes tienen Estados donde el español es una lengua popular (la Universidad de Nueva México es bilingüe), y una parte del Canadá se expresa en francés. Pero lo que es irreconciliable en esta cuestión de idiomas no es lenguaje mismo, sino el espíritu que se agita tras de las palabras. Si España ha probado ser únicamente una nación sin unidad, de

ello no han tenido la culpa lenguajes irreconciliables que forman el mapa lingüístico de la península. Después de todo, vascos, gallegos, catalanes y castellanos no encuentra dificultades para hacerse entender entre sí. La cuestión esencial es combinar los ingredientes sociales, sobre las bases de tolerancia mutua y de una auténtica cooperación de principios, como ocurre en muchos países que no son monolingües.

Si hubiera algo que pudiera servir para explicar lo que encuentro fundamental y común en América, ello es exactamente la historia de las palabras. Cuando hablo en lo que considero mi idioma propio, uso las mismas palabras que encuentro catalogadas en el diccionario de la Academia Española y construyo mis frases sin tomar en consideración las reglas gramaticales españolas. Sin embargo, cualquiera que me oiga o me lea, descubrirá instantáneamente que no soy español sino americano. Exactamente lo mismo ocurre con ustedes y la lengua inglesa. ¿Por qué? Simplemente, porque si el idioma tiene algún significado, él es el que refleja la vida a su alrededor. Y nuestra vida americana puede muy bien verse en el espejo de sus palabras. Nuestro lenguaje en Sud América es menos ostentoso, más natural, más simple que el español de España. Probablemente ocurra lo mismo con el inglés de ustedes comparado con el de Inglaterra.

Prosiguiendo con estas ideas, me parece que podríamos decir que en realidad, nosotros hablamos un idioma único, en muchas lenguas diferentes. Lo que es

nuestro, lo que es americano, está presente y vivo en el acento, en el contenido, en el colorido que hemos dado al inglés, al castellano, al portugués, un acento y un colorido de libertad y democracia. Y la historia de las palabras vista de esa manera, es la historia de América. Lo que mantenemos frente a nosotros, cuando contemplamos la historia de América, no es la proyección de los ideales europeos, sino el alma de esta tierra que se escapa a través de nuestros gestos, que existe en la conducta general de nuestras vidas, en la permanente e inevitable confesión de nuestras palabras.

La contradicción en la vida americana no necesita ser buscada necesariamente en la antítesis entre los Estados Unidos y la América Latina. Esta división de nuestra vida es demasiado simplificada para nosotros para que podamos aceptarla sin reservas. En primer lugar, Estados Unidos no es todo Norte América, ni aun dentro de los Estados Unidos, puede considerarse que la región del este, hacia el norte, con su peculiar desarrollo industrial, caracterice el resto de la Unión. De la misma manera, la vida del Brasil parece muy extraña al colombiano o al peruano; parece como si fueran dos mundos distintos. Aun más. A veces la historia y la vida de los Estados Unidos, que ha tenido más comunicaciones con nosotros, no es más familiar e inenteligible que la vida y la historia del Brasil. Mientras nosotros, por ejemplo, estábamos construyendo nuestras repúblicas sobre las bases asentadas por los pensadores políticos de Filadelfia y nos

poníamos de inmediato en contacto con los Estados Unidos con objeto de establecer una política internacional común, mientras Bolívar citaba a los Estados Unidos al Congreso Anfictiónico, o un colombiano, el señor Manuel Torres, daba las bases de su doctrina al Presidente Monroe, Brasil permanecía separado de nuestro panorama y envuelto en nieblas que, aun ahora, están recién comenzando a desaparecer.

Por otra parte, hasta la América que es más familiar para nosotros, ha ido gradualmente diferenciándose de un modo ostensible. En Argentina, por ejemplo, grandes ciudades que han recibido constantes influencias europeas, se parecen mucho más a Nueva York que a las ciudades andinas. Y estas diferencias y antagonismos, muchas veces, tienen una importancia esencial en la determinación de la posible unidad de la historia americana o, por lo menos, en su sincronización. No creo que esta unidad pueda efectuarse, en ningún caso, sobre las bases de las similitudes señaladas por los panamericanistas, o por los hispanoamericanistas, los indoamericanistas o los angloamericanistas. La unidad de América, o las bases de su solidaridad, nacen del hecho que existen regiones cuyas economías se complementan unas con otras y cuya insuficiencia geográfica las obliga a una cooperación mutua. Pero por sobre toda esta vida de factores complementarios, de interdependencia y de términos opuestos, existe una nota de historia común, que domina toda nuestra vida, lo mismo en el norte que en el sur; la lucha secular

por la libertad y los medios ordinarios de vida cuya formación política fué, ha sido y continuará siendo una lucha constante para alcanzar el triunfo de la justicia dentro de la democracia y por medio de la democracia. En este sentido creo que es un error pensar que nuestra historia no está diferenciada de la historia de Europa, cuyos antecedentes son tan diferentes y de cuyos ideales no siempre hemos participado. Si es cuestión de agregar la historia de la América Española a la historia de los acontecimientos de la edad media de España, como el señor O'Gorman pretende hacerlo, o de resucitar el Imperio Español en la América Española como los simpatizantes del llamado «Hispanismo» lo encarecen, probablemente olvidamos que, desde el punto de vista de las ideas generales la guerra de emancipación de las viejas colonias podría considerarse como una guerra civil en la cual los defensores de las ideas liberales en la América impusieron su voluntad sobre el absolutismo español. Este solo factor, cuantitativo y cualitativo es suficiente para fijar la diferencia entre las dos corrientes que en cada lado fueron dominantes entre los dos pueblos, pero la guerra de emancipación, tanto en el norte como en el sur, no fué únicamente una separación administrativa; fué la más expresiva manifestación del espíritu americano que se había estado formando en el curso de tres siglos de laboriosa gestación.

Las reflexiones que he expresado me fueron en gran parte sugeridas por la reacción que experimenté al leer

la muy brillante exposición del señor O'Gorman, de cuyos puntos de vista no participo, como es obvio, pero cuya tesis considero muy útil por la admirable franquesa con que se ha colocado en el lado opuesto, con el propósito de alentar un debate que es oportuno e interesante en todos sus aspectos.